
Juan BELDA, *Historia de la Teología*, Madrid: Palabra («Colección Pelicano. Manuales y ensayos para el estudio de la Teología» 28), 2010, 315 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-9840-393-0.

El autor del libro que ahora reseñamos, Juan Belda Plans, señala, ya desde el Prólogo (pp. 7-10), la importancia de esta materia para cualquier teólogo o persona culta interesada en la teología. Para lograr una verdadera comprensión de la teología contemporánea es indispensable el conocimiento de la historia de la teología. Al mismo tiempo, también recuerda la situación, que podríamos llamar de escasez de manuales que afecta mucho, con algunas valiosas excepciones, a la materia de la Historia de la Teología.

El capítulo primero (pp. 11-21) es una Introducción en la que Belda expone la estructura de lo que constituye el objeto propio de la historia de la teología como disciplina teológica. Cómo se distingue y, al mismo tiempo, cómo se relaciona y complementa con la Patrología, la Historia del Dogma y la Historia de la Filosofía. Y presenta una inteligente, y nada fácil, síntesis de los principales periodos históricos de la teología, desde los Padres hasta nuestros días.

Hay una idea que subyace entre las convicciones del autor que me gusta subrayar desde el principio. Se trata de la idea de que la teología, en cada tiempo, tiene que saber responder a su contexto cultural, a las preguntas explícitas e implícitas de los hombres de su tiempo. El historiador de la teología sabe que a veces ha tenido esa respuesta poderosa y otras veces no y que, precisamente en esa capacidad de comprender lo que interesa a los espíritus de cada época y de saber dar con las explicaciones satisfactorias, es como se puede medir la categoría del pensamiento teológico de cada tiempo. El autor señala también, desde la Introducción que nos encontramos en un momento esperanzador, de construcción.

La primera parte del Manual abarca los siglos II al XI. Está dividida en dos capítulos que exponen sucesivamente el «modelo patrístico» (pp. 25-46) con las notas que caracterizan el trabajo teológico de los Padres. Como se sabe, y Belda lo recuerda, la teología de los Padres será un referente constante para el pensamiento teológico a lo largo de los siglos. Casi como una constante prueba de calidad, cuando los teólogos busquen una revitalización comenzarán por volver a recuperar a los Padres. También es este capítulo el au-

tor presenta, de un modo sintético, algunas de las figuras más representativas de este «modelo teológico»: Clemente de Alejandría, Orígenes, San Agustín, San Jerónimo, Vicente de Lerins, Boecio y San Gregorio Magno. El criterio de elección de estos autores es su influencia posterior. Las referencias a la encíclica de Juan Pablo II «Fe y razón», así como a las Audiencias generales de Benedicto XVI, recogidas después en el libro «Grandes maestros de la Iglesia de los primeros siglos», le dan una cierta frescura y recuerdan implícitamente al lector la actualidad e importancia de estos autores para la vida de la Iglesia.

El capítulo dedicado al «modelo monástico» (pp. 47-57) recoge las investigaciones del siglo XX sobre este periodo y presenta en un manual de historia de la teología la existencia de una teología hecha por monjes en los primeros siglos medievales, aunque se centra, sobre todo, en la labor de Alcuino de York y la renovación de los estudios bajo la protección del nuevo imperio carolingio. Destaca algunos autores importantes de este círculo palatino.

En la segunda parte (pp. 61-117) Juan Belda engloba la historia de la teología de los siglos XI al XV bajo el título de la Escolástica. El primer capítulo de esta parte (4º del manual) está dedicado a la primera escolástica y al «modelo escolástico primitivo» (pp. 61-73). Aquí se estudia el creciente proceso de asimilación de nuevos textos filosóficos y teológicos que van haciendo posible que la teología se configure con unos métodos más rigurosos. Así se alcanzará, poco a poco, un segundo renacimiento de la teología en el siglo XII. Los autores más representativos elegidos por Belda son: Pedro Damiano, San Anselmo de Aosta, Hugo y Ricardo de San Víctor, Pedro Lombardo, San Bernardo de Claraval y Alano de Lille.

Considero importante mencionar una característica muy favorable de este libro de historia de la Teología. Mantiene el mismo orden interno en los diferentes capítulos, cosa difícil y digna de alabar, especialmente cuando se trata de un manual. Así, pues, comienza cada capítulo con una breve contextualización histórica. Esto es necesario y muy beneficioso para los estudiantes: hay que recordar que la historia de la teología no se ha hecho en el vacío sino que se ha desarrollado en una época concreta y siempre condicionada por las ventajas y los inconvenientes del momento histórico. A continuación presenta el modo peculiar de hacer teología en ese tiempo. Y, finalmente, señala y desarrolla el pensamiento teológico de algunos autores más representativos.

El capítulo quinto está dedicado al siglo XIII y el modelo de la «alta teología escolástica» (pp. 75-89). En primer lugar, Juan Belda plantea en trazos rápidos el contexto eclesiástico e intelectual que hizo posible el siglo de oro de la escolástica. El método ha ido madurando, los materiales filosóficos disponibles son mucho mayores (sobre todo, la llegada del «corpus aristotelicum» completo ya vertido al latín) y a eso se añade la aparición de las universidades y la fundación de las nuevas órdenes mendicantes. A continuación se presenta una panorámica del significado de esta madurez alcanzada por el método escolástico gracias al esfuerzo de incorporar el aristotelismo sin dañar el conjunto de la fe y la doctrina teológica. Así, la teología alcanzó el estatuto de ciencia racional de la fe entre las otras ciencias. La explicación de este enorme esfuerzo va acompañada de la descripción de las diversas posiciones que se enfrentaron ante los nuevos desafíos. Estas diferentes actitudes serán el germen de división que terminarán, a finales del siglo XIV, con la gran escolástica y con la formación de escuelas cerradas y enfrentadas: tomistas, escotistas y nominalistas. En tercer lugar, Juan Belda destaca las teologías de Santo Tomás de Aquino y de San Buenaventura como los dos mejores exponentes de la teología medieval y que quedarán como referentes clásicos para toda la teología católica.

El capítulo sexto, último de los dedicados a la teología escolástica, abarca los siglos XIV y XV (pp. 91-117). Comienza con un resumen que muestra que el principal contexto de la teología, la situación de la Iglesia, es crítico y decadente, en las líneas generales, en este periodo. Como consecuencia, se asiste a una decadencia de la teología. Juan Belda quiere evitar explicaciones simplistas en una época que fue muy compleja, pero para no perder claridad señala dos causas principales que motivaron la decadencia teológica. Por un lado, la extensión de la escuela nominalista, que puso en crisis la relación entre la fe y la razón y, con ellas, de la filosofía y la teología. Por otro lado, el conciliarismo, que disgregó la autoridad y la unidad en la Iglesia. Hay que señalar que los desarrollos de Belda para explicar de un modo profundo y, al mismo tiempo, accesible ambas crisis, tienen un mérito notable. Los autores que son destacados en estos siglos son Guillermo de Ockam y Gabriel Biel, para la explicación del nominalismo, y Nicolás Tudeschi, Juan de Torquemada y Nicolás de Cusa, para el debate entre los partidarios del conciliarismo, de la primacía papal y de los que oscilaron desde el conciliarismo al papalismo. La obra teológica de los tres es mayor que la disputa conciliarista y no puede limitarse a ella y así queda bien expresado

por el autor en los desarrollos de sus obras y doctrinas. Juan Belda cierra este agitado periodo con una exposición de los debates teológicos en torno al conciliábulo de Pisa. Esto permite acceder a una importante figura teológica del momento, mayor también que la cuestión del conciliábulo: Tomás de Vio Cayetano.

La tercera parte (pp. 120-193) abarca los siglos XVI y XVII y estudia la teología humanista y barroca. El capítulo siete está dedicado a las diversas corrientes para la necesaria renovación de la teología (pp. 121-149). El autor expone la influencia que tuvieron los humanistas en la generalizada convicción de que la teología tenía que renovarse y, a continuación, presenta los resultados de la primera etapa de la teología de controversia entre católicos y protestantes. Pero la reforma sólida de la teología vino de España; en concreto, de la Facultad de Teología y del Convento de San Esteban de Salamanca, y fue completada por la joven Universidad de Alcalá. Aquí es donde se logró unir la teología de la mejor escolástica medieval con las aportaciones del moderno humanismo. El autor desarrolla muy bien las características de la novedad de la teología de la Escuela de Salamanca, a la que ha estudiado con detenimiento, como refleja su obra *La Escuela de Salamanca y la renovación de la teología en el siglo XVI*, Madrid: BAC, 2000. De ella trata pormenorizadamente a tres grandes figuras: Francisco de Vitoria, Domingo de Soto y Melchor Cano. El capítulo termina con la gran aportación de la Universidad de Alcalá: la Biblia Políglota Complutense, ideada, dirigida y hecha posible por Cisneros, que pudo agrupar y mantener unidos a una serie excepcional de sabios filólogos y conversos. Esta obra monumental es la más importante aportación de Alcalá a la teología y a la Iglesia, aunque adelantaba a su tiempo y tuvo que sufrir sospecha, crítica e incomprensiones. El capítulo ocho está dedicado al estudio del «modelo de la primera teología protestante» (pp. 151-166). Además del interesante contexto, Juan Belda presenta aquí las líneas maestras de las teologías de Martín Lutero y de Juan Calvino. El último capítulo de esta tercera parte es un amplio panorama del «modelo de la teología barroca» (pp. 167-193). Se trata de la teología postridentina, que siguió siendo de controversia, pero mucho más sistemática y de mayor eficacia. En este periodo se estudian la segunda escuela de Salamanca, en la que destaca Domingo Báñez; la escuela jesuítica con Francisco de Toledo y Francisco Suárez; y las controversias «De auxiliis» y jansenista.

La parte cuarta trata la historia de la teología en el siglo XVIII, que Juan Belda llama la teología ilustrada y racionalista (pp. 195-226), pero que en su primer capítulo queda señalada por carecer de un modelo teológico. El panorama teológico en este periodo es desolador. La embestida de una nueva visión del mundo no cristiana y progresivamente anticristiana, coincidió con una teología disgregada, decadente y sin impulso propio. El deísmo inglés, así como la ilustración francesa y alemana, no encontraron interlocutores católicos dignos de batalla (pp. 197-218). El segundo capítulo de esta parte, algo más breve (pp. 219-226) presenta el modelo exegético-racionalista de la teología protestante racionalista e ilustrada en los siglos XVIII y XIX.

La parte quinta, que abarca el siglo XIX, se titula significativamente «La renovación de la teología» (pp. 227-241). En un solo capítulo Juan Belda presenta dos modelos teológicos: el histórico y el escolástico. Se estudia la renovación teológica impulsada desde la Escuela de Tubinga, el Movimiento de Oxford y la Escuela de Roma. Termina con el contexto teológico del Concilio Vaticano I y de la Encíclica «Aeterni Patris».

El manual termina con un parte sexta, que trata la teología del siglo XX y se divide en dos periodos y cuatro capítulos. Los dos primeros están dedicados a la teología católica anterior al Concilio Vaticano II (pp. 245-258) y a la teología católica posconciliar (pp. 259-276). El siguiente capítulo expone el «modelo dialéctico» en la teología protestante del siglo XX (pp. 277-283) y en el último capítulo que lleva por título: «Grandes maestros de la teología contemporánea» (pp. 285-303) el autor ha destacado a Romano Guardini, Yves Marie Congar, Henri de Lubac, Karl Rahner, Hans Urs von Balthasar y Santiago Ramírez.

El manual termina con una interesante Bibliografía en la que distingue: Obras de estudio y manuales, obras de consulta, diccionarios, documentos del magisterio y atlas históricos y otros subsidios.

Creo que lo mejor que se puede decir, para terminar, es que nos encontramos ante un libro de historia de la teología que reúne las características de equilibrio entre los diversos temas, claridad y profundidad en las explicaciones y una sistemática interna muy bien ordenada que lo convierten en un excelente manual para el estudio y para la introducción general en una materia tan extensa y variada.

Miguel LLUCH